

PLENO EMPLEO CON EQUILIBRIO ECOLOGICO

Michael Renner, *El empleo en una economía sostenible*. Bilbao, Bakeaz, 1994, 72 pp. - 500 ptas.

Cada vez parece más evidente que el sistema capitalista agudiza sus contradicciones. Una de ellas es la imposibilidad dentro de los límites del sistema de alcanzar el pleno empleo y preservar el equilibrio ecológico.

En este momento es necesario un crecimiento superior al 3% anual para poder crear empleo de forma significativa. Sin embargo, crecer un 3% supone duplicar el Producto Interior Bruto cada 23 años y multiplicarlo por 16 en poco más de 90 años. Indudablemente este crecimiento no es sostenible y, además, hay que tener en cuenta que los países pobres deben y tienen derecho a desarrollarse.

Desde los círculos de poder se dice que la clave de la sustentabilidad está en «internalizar las externalidades». Se declara que el sistema funciona bien excepto en relación a los «bienes libres», es decir, aquellos que no tienen valor de mercado. Hay, por tanto, que «internalizar» los costes ambientales mediante una adecuada valoración de los mismos y su incorporación al sistema de precios de mercado, a través de la implementación de impuestos equivalentes a los costes citados. Una vez que la actividad económica se puede desarrollar sin romper los equilibrios ecológicos desaparecerán la cortapisas a un crecimiento ilimitado y a la consecuente creación de empleo.

Esta «solución» descansa en dos premisas falsas: a) los recursos naturales que tienen valor de mercado son gestionados respetando los equilibrios ecológicos; b) se puede de-

terminar de forma científica el valor de los «bienes libres».

Es evidente que los recursos naturales que tienen valor de mercado están siendo deteriorados: erosión del suelo, deforestación, agotamiento de recursos no renovables, etc.

Para que hubiera una base mínima de valoración científica de los impactos ambientales habría que conocerlos en su integridad. Sin embargo existe un desconocimiento de todas las implicaciones de las agresiones ambientales, debido a la complejidad de los procesos ecológicos y a que los impactos se desarrollan en períodos de tiempo prolongados. Además, no existe ninguna norma científica que nos pueda dar el valor de un ecosistema, de una especie, o de la vida humana.

Ante la falta de validez de la «solución» oficial, empieza a ganar fuerza una propuesta alternativa que pretende superar la contradicción aludida mediante reformas estructurales del sistema. La alternativa descansa en lograr una fuerte disminución de una media docena de sectores altamente agresivos con el medio físico y poco generadores de empleo y sustituirlos por otros mucho menos dañinos e intensivos en trabajo. Se rompe así la ligazón entre crecimiento y creación de empleo. El instrumento fundamental de la transformación es una «reforma ecológica del sistema fiscal» que grave fuertemente las actividades más antiecológicas. Además, y en aras de la neutralidad fiscal, los ingresos obtenidos se destinarían a disminuir las cargas sociales que encarecen el trabajo. De esta forma el efecto positivo sobre el empleo sería doble.

Michael Renner es el autor que más ha avanzado en el análisis de los efectos sobre el empleo de dicha reforma. Aparte de documentar sus propuestas con gran cantidad de datos como es habitual en los informes del Worldwatch Institute —organización ecologista norteamericana de la que forma parte como investigador—, el autor es consciente de que «no se puede permitir por más tiempo el lujo de dejar simplemente la cuestión laboral en manos del mercado libre». Se puede añadir, sin contradecir al autor, que tampoco se le puede dejar la preservación del equilibrio ecológico. En este sentido, Michael Renner propugna la necesidad de planificar la transformación aludida. Esto

es poco usual entre los investigadores del Worldwatch Institute y del Instituto Wuppertal, otro de los institutos que está defendiendo la reforma ecológica del sistema fiscal.

Un valor adicional de esta propuesta es la enorme difusión de los materiales de este instituto americano, pues son traducidos a varias decenas de lenguas —en el estado español, al castellano, catalán y euskera—, se estudian en numerosas universidades y llegan a los círculos de poder de muchos países desarrollados.

Roberto Bermejo

